

Diego MARTÍNEZ TORRÓN (2017): *El signo infinito. Relatos completos (1998-2016)*, Sevilla: Alfar, 749 pp., ISBN 978-84-376-3524-8.

Los dos últimos años han sido intensos para Diego Martínez Torrón (Córdoba, 1950). Tras la aparición en 2016 de *Al amor de ella. Poesía completa 1974-2014* y en 2017 de su edición crítica de *El ruedo ibérico*, de Ramón M.ª del Valle-Inclán, nos llega ahora *El signo infinito. Relatos completos (1998-2016)*. Por respeto tanto al autor como al lector, obviaremos aquí su dilatada labor como investigador y poeta, si bien estas facetas se entretajan una y otra vez en la urdimbre de su obra narrativa. La concisión lírica es consustancial a *Los sueños del búho*, algunos de cuyos relatos son verdaderos poemas en prosa. Del mismo modo, resulta imposible llegar al fondo de *Los dioses de la Noche* sin haberse acercado antes a la literatura del siglo XVIII y al romanticismo español, especialidad del autor, pues en sus páginas late constantemente el espíritu de Quintana, Espronceda, Rivas y Gómez de Avellaneda, pero también el de Byron, Shelley o Hölderlin. Y ambas caras, la del poeta y la del investigador minucioso, vuelven a mostrarse en el sólido monólogo interior y en las opiniones estéticas y literarias que comparten con nosotros los personajes de *Éxito*. Las tres obras se presentan en este volumen junto con los prólogos respectivos de Pere Gimferrer, Leonardo Romero Tobar y José María Merino, y con la adición singular de *Pispa en la ciudad dormida*, un relato inédito que ofrece más claves de las que cabría esperar sobre el autor gracias a su tono confesional y por momentos epigramático.

Los sueños del búho (1998) es el primero de los títulos recogidos. Se trata de una colección de veintitrés relatos breves en los que encontramos el germen de los ejes temáticos en torno a los cuales se vertebrarán los libros posteriores, más ricos y complejos. La marginalidad y la atracción por el abismo es uno de ellos (*Los ojos del mundo*, *París en primavera*), como lo es también la música, entendida como pasión suprema solo comparable a la propia atracción por la literatura (*La soprano muda*, *El pianista guapo*). Tenemos además el éxito mal entendido, que degrada al ser humano y devora al propio arte (*El doble*),

el gusto por la historia de fantasmas más clásica (*La lectura de poemas*, *Freud y los fantasmas*) y la unión, imposible pero evocadora, entre vida y literatura (*Una historia de sirenas*, *El laberinto de la Biblioteca Nacional*). Todos los relatos participan asimismo de un tono onírico muy acorde con el título, así como de una visión de España que a menudo nos remite a la picaresca, al costumbrismo y, una vez más, al pensamiento romántico tan del gusto del autor.

Los dioses de la Noche (2004) supone decididamente un paso adelante. Se mantiene el carácter fragmentario debido a las diversas partes que constituyen la obra, si bien dos elementos la diferencian de la anterior. Por un lado, cada narración presenta un desarrollo más exhaustivo que lleva necesariamente a una mayor complejidad formal, tanto en los motivos como en el desarrollo de las tramas y los personajes. Por otro, todos los relatos participan de un tema común: la noche y el sueño como frontera intangible entre la conciencia racional y el subconsciente, entre la realidad de la luz del día y los demonios. La primera parte, *El fantasma ensimismado*, fue escrita (aunque no publicada) originalmente en 1984, si bien ha sido sometida a una exhaustiva reelaboración. Parte de la leyenda vasca de la dama de Amboto, deidad precristiana que el autor combina con mitos puramente románticos como el de la ondina de belleza imposible, que conduce al hombre a la perdición. La descripción de este ser mítico en el relato recuerda a Heine (*Sie kämmt ihr goldnes Haar/Sie kämmt es mit goldnem Kamme*) y el final, con su ambientación lúgubre, remite a las pinturas negras de Goya. La narración es sobria, pero transmite con eficacia un trasfondo de ensoñación y misterio que acaba devorando a los personajes.

Las demás partes ahondan en temas ya tratados en el libro anterior, si bien con un mayor despliegue de medios que da lugar a nuevos matices. *Y además no importa* trata de la miseria y de la degradación física y moral, si bien su mensaje final de redención a través del arte le aporta un tono luminoso y esperanzador. *Catálogo de soñadores*, por su parte, es una colección de semblanzas literarias de personajes históricos y de autores como Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cervantes, Rilke o Baudelaire. Y *La última visión*, con su



trama de confesiones cruzadas entre varios personajes, es un ensayo narrativo de lo que vendrá a continuación: la obra más ambiciosa publicada hasta ahora por Martínez Torrón.

Éxito (2013) es la más depurada y consistente de las obras presentadas en el volumen. Solo puede definirse como una novela («novela de ideas», según apunta José María Merino en su prólogo) que presenta una estructura singular. Ocho personajes intercambian entre sí confidencias y opiniones mediante una red de correos electrónicos cruzados que le dan al conjunto una apariencia de novela epistolar insólita en nuestros días. El resultado es un mosaico de ideas del que surge el testimonio de una generación, la del propio autor, que encuentra su razón de ser en el mayo del 68 francés, y que es la primera que ha disfrutado de una verdadera democracia en nuestro país en medio siglo. Podemos hablar por tanto de una novela generacional, cuyos personajes asisten perplejos a un presente aséptico y tecnificado, en el que los principios contraculturales y libertarios han cedido completamente ante el liberalismo económico más feroz y deshumanizado. El personaje central, Marga, se convierte en una suerte de maga Felicia que aglutina a los demás personajes y parece darles su razón de ser. Escritora de éxito y enferma terminal, Marga convoca en su casa de Llanes a sus amigos, sus compañeros de viaje, todos ellos cultivadores de una u otra disciplina artística. Completan el elenco su hija, Alba, y la pareja de esta, Miguel, que representan a otra generación más joven y ligera de equipaje con la que se entabla un diálogo necesario entre dos formas de ver una realidad en continua mutación.

Posiblemente el tema más destacado de *Éxito* sea la necesidad de dar sentido a la propia existencia al tiempo que se ofrece un legado. La novela nos presenta el retrato de una generación que encontró en su juventud la libertad a través de la música de los Beatles, Dylan y Moustaki, pero que vio con angustia cómo una parte cuantiosa de sus filas sucumbió irremisiblemente ante la novedosa aparición de las drogas como medio de evasión. La libertad, parece decirnos el autor, es como el oxígeno: letal o no según su pureza. Es en este contexto en el que cobra sentido la marginalidad y la drogadicción como tema lite-

rario, tan recurrente en los libros anteriores de Martínez Torrón. Los personajes han llegado a la madurez sabiéndose supervivientes, pero también haciendo un balance del camino recorrido que casi siempre resulta doloroso. Tratan de entender sus decisiones, algunas acertadas, otras destinadas al fracaso económico, artístico o emocional. Pero todos ellos desean justificar sus vidas y darles un sentido que las haga relevantes para quienes les sucederán.

Otro motivo importante en la obra es la afirmación de que el arte es el único camino que da sentido pleno al ser humano. Marga, Inés y César son escritores, y los demás personajes son fotógrafos, cineastas o músicos. Más allá de la enfermedad de Marga, que es lo que hace posible el reencuentro físico, es el temperamento artístico el elemento que verdaderamente los une. Y la inclinación por el arte trae consigo la reflexión sobre el éxito, concepto que adquiere formas diversas que van más allá de la recepción de la obra artística. En la primera parte de la novela, el discurso de los personajes se centra en su dimensión social y puramente material, que es lo que ha convertido a Marga y a Inés en dos caracteres opuestos pero curiosamente complementarios: la mujer que ha conseguido la fama y el favor del público frente a la novelista que busca incansablemente el arte puro. Conforme avanza la novela, sin embargo, el éxito es también la aceptación de uno mismo y de los demás, la necesidad de buscar refugio y de hallar el reconocimiento en los ojos del otro. La amistad, al fin y al cabo, que va más allá del simple concepto de celebridad y lo trasciende.

Pispa en la ciudad dormida (2016) se presenta ante el lector como una obra menor que parte de un modelo claro, *Herr und Hund* de Thomas Mann. En la superficie tenemos precisamente eso, a un señor con un perro. Pero el relato introduce asimismo un elemento que nunca hasta este momento ha cobrado tanta importancia en la obra narrativa de Martínez Torrón, y es la expresión de la propia intimidad. A través de la relación entre el narrador y el animal que le hace compañía, se nos ofrecen claves que nos ayudan a interpretar *Éxito*, y algunas de ellas resultan sobrecogedoras. *Pispa en la ciudad dormida* es una reflexión sobre la pérdida y el vacío, sobre la aceptación de esa pérdida y sobre la necesidad de seguir viviendo.



También es un ejercicio de honestidad que deja al lector sin defensas porque le permite entrever la herida que hay detrás de esa *golden retriever* que ofrece a su amo una amistad absoluta y desinteresada. Y al lector le basta con lo que ve para comprender que esa herida es más grande que el mundo, y que en ella no hay artificio ni subterfugio, solo el deseo de transmitirla a través de la literatura. Posteriormente, Diego Martínez Torrón ha publicado una edición crítica, la primera que se hace de esta obra, de Ramón del Valle-Inclán,

El ruedo ibérico, Madrid, Cátedra, 2017 (Letras Hispánicas, 772), 940 pp., ISBN 978-84-376-3524-8. Y una antología de su propia poesía en una colección de clásicos *Matices. Antología poética (1974-2016)*, edición del autor, Madrid, Cátedra, 2018 (Letras Hispánicas, 808), ISBN 978-84-376-3896-6.

Rafael CARRETERO MUÑOZ
IES Ángel de Saavedra, Córdoba

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.refiull.2019.39.22>

